

Mario Soto, arquitecto (1928 - 1982)

Mario Soto arquitecto, sintetizó en su accionar un período particular y muy lúcido de la arquitectura argentina: el de la segunda generación racionalista.

Se formó relacionando la arquitectura con el hombre concreto, con lo social concreto, combatiendo lo retórico y lo académico, tal como lo hacían desde veinte años antes Villar, Prebisch, Sacriste, Vivanco, Bonet, Kurcham, Ferrari, Hardoy y otros.

Esos hombres creían, como Mario Soto, en la capacidad transformadora de la arquitectura: sentían que el Mundo estaba en una etapa de cambio y se apresuraban a plasmar la arquitectura que colaborara a tal cambio.

Esa actitud, leída desde posteriores y más politizados tiempos, puede parecer Ingenua, pero esta calificación no borra la entereza con la que esos hombres trabajaron en el logro de lo que se habían propuesto, ni le quita valor a su legado. Aquellos hombres sintieron a sus obras como parte de sí mismos, y eso fué responsabilidad social; crearon, gozaron y sufrieron en un mundo que tenían casi un único enemigo: el academicismo, y está define y mide sus deseos de cambio.

Entendieron y acotaron el funcionalismo, y lo hicieron real y vivo en sus obras (sin percibir, por cierto, que es el correlato arquitectónico del costo social).

Creyeron en la máquina y en un mundo donde los hombres tendrían que esforzarse menos, ayudados por aquella; pero lo que más les fascinaba de la máquina era su forma, salda limpiamente de su función.

Arquitectura humanista, de preocupación creativa e innovadora, de búsqueda constante y de rechazo a lo instituído y congelado: esa es la filosofía y la práctica de la primera generación racionalista argentina a la que Soto adhirió en su proceso formativo.

El tiempo histórico que le tocó vivir a Soto puso en crisis algunos de esos valores; los eslabones más débiles saltaron ante la realidad, y descubrió, como muchos arquitectos contemporáneos suyos, que la arquitectura aparecía como un pobre medio de transformación frente a la dimensión de los problemas de su País y su tiempo, Fué más allá de los límites alcanzables con la arquitectura y la enseñanza, y lo hizo hasta el límite de sus fuerzas.

Soto fué un verdadero intelectual: vivió intensa, humana y comprometidamente la realidad y convirtió sus experiencias en generalizaciones útiles a muchos.

El asumir la condición de arquitecto mediante una síntesis preocupada por todo el campo de la realidad, fué una constante en los mejores individuos de su generación, pero Mario Soto lo logró en grado superlativo.

Estudioso de la técnica, logró siempre supereditarla a los objetivos de su obra.

El tablero de dibujo y el obrador le resultaron lugares en los que se sentía a gusto.

Su obra está llena de poesía. Una poesía que era parte de todo lo que él definía, fuera esto material, técnica o hecho social: todo eso era en Soto una sola cosa, Indivisible

La arquitectura que produjo tiene la vitalidad de su autor: todo es recorrible, descubrible, colorido y animado. Es la arquitectura de y para el hombre que Soto fué: en permanente acción para elevarse él y el mundo en que vive; un hombre que si se detiene a pensar lo hace solo para definir como actuar mejor.

Nos ha dejado la lucidez de su obra y el resultado de su docencia: hombres formados que son arquitectos.

A dos años de su desaparición, la Exposición de Obras de Mario Soto, aquí en la FAU de La Plata donde él enseñó, es muestra de admiración al hombre y al arquitecto, y reconocimiento por su larga y esforzada labor para construir y definir esta Facultad.

Que sus Obras digan más que mis palabras.

O. Bidinost

La Plata, octubre 1984.-